

Locos por Tchaikovski

NOS llega ahora de los EE.UU. como una moda, al igual que la expresión corporal, la bioenergía, los baños «inteligentes», la antigimnasia y otras terapias *suaves*, cuando la musicoterapia cuenta con un pasado y una tradición gloriosos.

La medicina china, desde su origen varias veces milenaria, asimilaba ya el cuerpo humano a un instrumento de cuerdas, y la pulsación de las arterias en ciertos puntos determinaba permitía el diagnóstico de las enfermedades.

Las excavaciones de Ghizeh, de Sakkarah y de Fayún, en Egipto, demuestran la unidad primitiva de la música, de la magia (religión) y de la medicina. En la Grecia primitiva, los asclepiades, sacerdotes especializados en la curación de dolencias, recetaban conciertos de aulos como hoy los antibióticos, y Asclepiades, en Roma, curaba con música los ataques de paludismo.

Más tarde, en los dos grandes centros de medicina árabe, Córdoba y Bagdad, Rhazes, Avicena, Maimónides y Averroes cultivaron la música como una rama del Arte de curar, y desarrollaron las teorías de Aristóteles sobre el valor terapéutico de los sonidos.

Y así podría seguir citando: no quiero decir que no lo vaya a hacer luego, pero ahora concluyo con esta frase de Novalis: «Cada enfermedad es un problema musical. Para curarla, se necesita una solución musical. Cuanto mayor sea el talento musical del médico, más rápidas y completas serán las soluciones.»

Sin embargo, el racionalismo del siglo de las luces, que asimilaba el cuerpo humano a una máquina, restó importancia al valor terapéutico de la música, hasta que el profesor Esquirol intenta un tratamiento «de masas», con las enfermas del Hospital de la Sape-triere, de París, organizando conciertos a cargo de grandes orquestas sinfónicas. Los resultados fueron inmediatamente espectaculares («mis alienadas estaban muy atentas, sus fisonomías se animaban, brillaban sus ojos, y todos estaban tranquilas; a algunas se les caían las lágrimas, y dos de ellas quisieron cantar unas melodías...»). Esquirol no pudo seguir sus experiencias. Pagar a los músicos todas las semanas (los tratamientos necesariamente largos) sobrepasaba sus posibilidades.

Hoy, los progresos de la técnica (cualquier hospital dispone de un magnetófono, de discos, cuando antes había que contratar a una orquesta),

RAMON CHAO

esa moda americana de que hablaba, la multiplicación de enfermedades psíquicas, que parecen terreno adecuado para la aplicación musical, hace que todos los centros que se respeten cuenten con un departamento de musicoterapia.

Primero se creó la National Association for Music Therapy, en Estados Unidos. Luego, en Austria, el Instituto de musicoterapia, fundado por Herbert von Karajan y presidido por Yehudi Menuhin. Mientras tanto se realizaban experiencias con plantas y animales. Se demostraba que las begonias crecen más lozanas al son de cuartetos de Mozart que con música serial; que la producción láctea de los bóvidos aumenta en un veinte por ciento con composiciones de Bach, y que disminuye en un treinta y cinco por ciento con piezas estridentes de jazz. Los japoneses sometieron a 120 mujeres a la misma prueba, con resultado parecido: las que escucharon música clásica dulce (tiempos lentos de Bach) veían aumentar su capacidad de producción, y que me perdonen las feministas, pero la ciencia es la ciencia; aumentaba, digo, el doble cuando la música era ambiental, y llegaba a multiplicarse por dos si le metían las armonías directamente por los oídos a través de cascos. Si, al contrario, englutían de la misma forma música estridente y sincopada de jazz, la producción disminuía en las mismas proporciones.

En 1965, en Antibes, se efectuó una operación de apendicitis sin anestesia; es decir, con música como único analgésico. La experiencia, que fue un éxito, se retransmitió por televi-

sión por todo el territorio francés, y constituyó el lanzamiento nacional de la musicoterapia. Pero ya los americanos, siempre adelantados, establecían las bases de una farmacopea musical, al modo de «hágaselo usted mismo» o cómo adquirir y conservar amigos:

-contra la depresión: El rey de los gnomos», de Schubert, o el «Preludio carnavalesco», de Dvorak.

-contra la fatiga nerviosa debida al exceso de trabajo: «La mañana», de Grieg, y «La moldavia», de Smetana.

-contra los grandes dolores morales: «Estudio en sol mayor», de Chopin; «Sonata patética», de Beethoven, «Concierto para violonchelo», de Dvorak.

-contra la melancolía: «El himno a la alegría», de Beethoven.

-contra la cólera: «Coro de los peregrinos», de Wagner.

-contra los celos: «Obertura de los maestros cantores», de Wagner.

El profesor Stevenin, de Sainte Anne (París), se metía en una verdadera terapia sonora: «No somos ni brujos ni magos, sino científicos. Tratamos de establecer bases seguras para introducir la música en el cuerpo de las personas por medio de sesiones largas, que pueden durar meses y años.»

El doctor Tomatis descubría las huellas sonoras de la vida materna en los fetos, como primer elemento de comunicación. Otros investigadores subrayan el impacto del ruido que produce el corazón y la aorta abdominal de las madres en el comportamiento del hombre. El profesor Savadon, psiquiatra, explica que los ritmos primitivos, y de muchas composiciones «serias», reproducen esos ritmos del corazón, que tranquilizan a los oyentes. Las técnicas psicomusicales utilizan esas relaciones privilegiadas

del hombre con la música para despertar su emotividad, y provocar una comunicación.

En Charenton, donde estuviera el marqués de Sade, se ha disecado la contextura de la música, para discernir los componentes que influyen en nuestra afectividad. Los investigadores de este centro observaron que el modo menor provoca nostalgia (ya lo dijo Verlaine: Aun cantando en el modo menor/el amor vencedor y la vida oportuna/no parecen creer en su felicidad...) y tristeza, mientras que las tonalidades mayores, y las tesituras altas y agudas son estimulantes; las graves, reposantes, y en fin un nivel sonoro bajo apacigua, mientras que un nivel alto excita.

Resultados menos evidentes se obtuvieron con el estudio del ritmo,

hora de duración, y utilizando la técnica de los reflejos pavlovianos.

El marco es una sala insonorizada desprovista de muebles y de cuadros para que el enfermo no se distraiga. Nada de luz natural —el ambiente exterior no tiene que influir en su moral. En cambio, una serie de bombillas de verbena —de todos los colores— difunde una luz que deberá adaptarse a la tonalidad afectiva de la música. Se instala el paciente en un sillón confortable dispuesto a escuchar los tres discos de la receta.

El primero refleja su estado psicológico. Mientras lo ingiere, el enfermo debe pensar en sus afecciones. Es la etapa de *condicionamiento*, pues se reconoce en esa música.

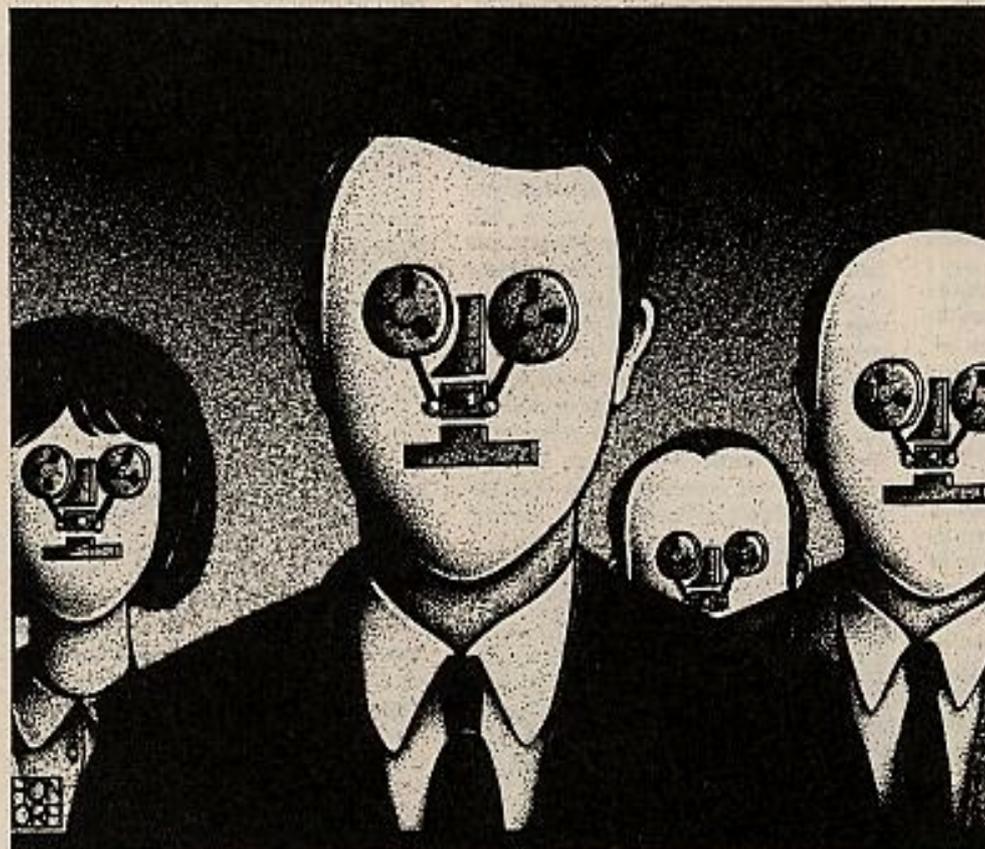
La segunda pieza está destinada a neutralizar el efecto de la anterior, a

A medida que pasan sesiones, parece ser que se observa la evolución del enfermo hacia su curación. La tercera obra inició el proceso. Al final el buen hombre trastrueca sus preferencias: detesta la primera pieza, y aguarda con impaciencia la tercera, que le afirma en su nueva actitud ante la vida.

Si no lo han entendido, se lo voy a repetir con un ejemplo que nos facilita el susodicho centro: cojamos a un individuo ansioso e hiperemotivo, un ingeniero que ha presentado un gran proyecto rechazado por su empresa. Vale. Pues la primera pieza deberá reproducir la psicología de un hombre enérgico aunque ansioso y proclive a la depresión. La música evocará dicen, su pena por no haber podido imponer su gran proyecto. Y le aplican «La gran puerta de Kiev», de Mussorsky. La segunda obra le aportará el apaciguamiento y el placer de la armonía de la vida, con el fin de establecer otros proyectos. Ahí le meten un fragmento de «La bella durmiente del bosque», de Tchaikovski, que no se lo merecía. Y la tercera obra consistirá en una mezcla de energía y de dulzura, que le evoque y aporte fuerza de carácter para poder alcanzar un nuevo equilibrio. Sin más miramientos le largan el Concierto para órgano y orquesta número 1 de Haendel.

Más esto no acaba ahí. Cuando el enfermo escucha las diversas piezas —añaden—, se crea un ambiente luminoso adecuado a la tonalidad afectiva de la música. En el caso de un individuo deprimido se formará un ambiente azul para relajarlo; luego se pasa al azul rojizo para tranquilizarlo, y al fin al rojo y amarillo (como nuestra bandera) para reconfortarlo. Es más: en función de cada disco se le inclina el sillón. Primero, acostado, luego inclinado y para terminar, sentado. Al tiempo que escucha el segundo y tercer tiempos, se le aconseja que respire lenta y profundamente. Terminada la sesión, se le exige (no, antes se le exigía, ahora se le aconseja), que tome el aire, que no se distraiga, y sobre todo, que no escuche ningún otro disco hasta la próxima operación. Podría venirse abajo todo el tratamiento.

Si al cabo el alienado no se vuelve definitivamente loco, habrá que rendirse a la evidencia de que la música es el menos pernicioso de los sonidos. ■



comparando los efectos de tres piezas musicales, una de 54 tiempos por segundo, otra de 56, y la tercera de 58. Se vio que únicamente la segunda de 56 pulsaciones por segundo, proporciona sosiego, mientras que la más rápida excita, y la más lenta duerme al paciente-oyente.

En París funciona un Centro de aplicaciones musicoterapéuticas, que atiende a los enfermos que le envían los neuropsiquiatras. Según la enfermedad mental del paciente, le eligen la música que le van a aplicar en dos sesiones semanales de un cuarto de

descondicionar al enfermo. La música de este segundo tratamiento debe ser tranquilizante, relajante. Ahora le dicen que piense en las bellezas de la naturaleza (un torrente en el monte, un prado salpicado de violetas, le sugieren), a la par que observan el trazo encefalográfico que sale uniforme, y el ritmo cardíaco, otra vez normal. El paciente está feliz.

Pero entonces le infringen la tercera pieza musical, que corresponde a la acción terapéutica deseada. Esta última parte desencadena —a veces— crisis emocionales graves.